

**REVISTA CIDOB D'AFERS
INTERNACIONALS.
Miscelánea.**

¿Se han acabado las guerras en la antigua URSS?
Guillermo Marín

¿Se han acabado las guerras en la antigua URSS?

*Guillermo Marín

Zbigniew Brzezinski (1997a) califica a Rusia y a Asia Central de los “Balcanes de Eurasia”, y consecuentemente les dedica una atención especial en su último libro. Para el ex consejero de Seguridad Nacional de Carter, tenemos en esa zona un escenario de las principales crisis del futuro. Otro oráculo renombrado, Huntington, parece estar de acuerdo con esta predicción cuando vaticina que la próxima guerra mundial, de haberla, será entre civilizaciones, y que los conflictos locales que en los próximos años pueden convertirse en guerras importantes son los que tienen lugar en la línea divisoria entre civilizaciones, como los de Bosnia o el Cáucaso.

Sin embargo, los conflictos en el Cáucaso, en Asia Central, en las Repúblicas bálticas o en Ucrania son contemplados con distanciamiento por las opiniones públicas de Estados Unidos, Francia o, más aún, de España. Chechenia –“David frente a Goliat”–, sería una excepción de inspiración bíblica capaz de atraer la atención de la ciudadanía occidental. También da la impresión de que de un tiempo a esta parte se ha entrado en una fase de apaciguamiento en el territorio de la antigua Unión Soviética (si exceptuamos la violencia desatada a partir del último verano). Ahora bien, ¿hasta qué punto se trata de un cambio de tendencia temporal? Porque de ser ciertos los temores de los politólogos anteriormente citados, deberíamos preocuparnos, e incluso hacer algo.

*Diplomático. Primer Secretario de la Embajada de España en Moscú (1998) y Consejero de la Representación Permanente de España ante la OSCE (1993)

Nota del Editor: este artículo fue escrito antes de estallar el actual conflicto en Chechenia

LO QUE SE JUEGA OCCIDENTE EN LAS ANTIGUAS REPÚBLICAS SOVIÉTICAS

Occidente está muy interesado en el progreso de las reformas democráticas y económicas de Rusia y, por consiguiente, en la estabilidad de este país, preocupación que se extiende a toda el área de la ex URSS. Se trata, no de evitar que resurja una potencia rusa, probablemente un vano esfuerzo más tarde o más temprano, sino de hacer todo lo posible para que ese poder hegemónico no sea hostil a Occidente. Se pretende entonces que sea un socio más en el nuevo orden mundial. En palabras de Richard Holbrooke (1994), “el objetivo global de Occidente en Rusia y en el resto de la antigua Unión Soviética sigue siendo la integración, llevar a las democracias emergentes al marco de las instituciones políticas, económicas y de seguridad occidentales”. Por ello, interesa la resolución pacífica de los conflictos en el área de la antigua Unión Soviética.

Eso no equivale a ser partidarios a priori de la integración del área CEI (Comunidad de Estados Independientes) bajo la égida de Moscú. Eso sería aceptable solamente si esa integración facilita el anclaje de Rusia y del resto de las Repúblicas de la antigua URSS en el entramado de instituciones y valores libres y democráticos, en lo político y en lo económico, y asegura la paz en Eurasia. Si las fuerzas centrípetas resultan de una corriente de libertad y de paz, entonces nuestro apoyo será aconsejable, sin que ello signifique el repliegue de Occidente de una región en la que tiene intereses de entidad. Quizá en el concepto de cómo estabilizar nuestra óptica no coincida con la moscovita.

Así y todo, son muchas las voces en Rusia convencidas de que la presencia de Occidente y muy especialmente de EEUU en la zona, supuestamente basada en una errónea percepción de sus intereses como vitales, es excesiva y perniciosa. Esta línea de pensamiento considera que el objetivo de Occidente es evitar cualquier tipo de hegemonía rusa en Eurasia. La vía elegida sería la desestabilización y los independentismos, que por ejemplo en el Cáucaso servirían para garantizar el acceso al petróleo del Caspio. Según esta versión, Washington pretende disminuir la presencia rusa más allá de sus fronteras, cuando no eliminarla.

En el caso de las Repúblicas bálticas, la proximidad a determinados países de la Unión Europea (sobre todo los nórdicos) coloca en primer lugar las consideraciones de seguridad y las relaciones políticas y económicas. Ucrania posee una importancia fundamental tanto por sus dimensiones y potencial como por su peso geopolítico, y es clave para la seguridad de toda Europa, como la Historia se ha encargado de demostrar, debido a su estrecha vinculación con el destino de Rusia. Se trata de una trascendencia acrecentada por la presencia de grupos de presión ucranianos en determinados

países occidentales. El Cáucaso ha tenido históricamente una relevancia geopolítica notoria, en modo alguno extinguida, como lugar de encuentro de los expansionismos ruso, turco (otomano) e iraní (persa). Asimismo, la existencia de importantes reservas petrolíferas en el mar Caspio, algo menores de las inicialmente estimadas, otorga a esta región una importancia nada desdeñable. La presencia de reservas de gas y petróleo también en Asia Central (algunos las sitúan en la segunda o tercera posición mundial) hacen de esta zona otro foco de interés.

LOS INTERESES DE LA UNIÓN EUROPEA Y DE ESPAÑA

La Unión Europea y España comparten a grandes rasgos los intereses occidentales en el espacio de la antigua Unión Soviética, con matices con respecto a Estados Unidos. Aquí, la importancia de Rusia y de su estabilidad, máxime habida cuenta de su arsenal nuclear, resulta obvia. Por razones de proximidad geográfica y de vínculos políticos también acaparan el interés preferente de la UE los países bálticos (estrechamente vinculados, sobre todo con los nórdicos) y Ucrania. Precisamente los países que separan a la OTAN de Rusia.

Por lo que de indicativo tiene, conviene resaltar las referencias contenidas en las conclusiones de la presidencia del Consejo Europeo de Viena celebrado los días 11 y 12 de diciembre de 1998. En primer lugar, la mención a la crisis en Rusia. A continuación, el Consejo Europeo expresa su preocupación por el deterioro de la situación económica en los Nuevos Estados Independientes, e invita a la Comisión Europea a proponer ideas para solucionar las dificultades económicas de estos países por la doble vía de los programas de asistencia y de los Acuerdos de Amistad y Cooperación. Por último, el Consejo reitera la importancia que concede al “partenariado” que une a la UE con Ucrania, vertebrado en torno al Acuerdo de Amistad y Cooperación. El posterior Consejo de Colonia, a parte de extenderse en las estrategias comunes sobre Rusia y Ucrania, menciona la importancia de la estabilidad en el Cáucaso.

Es sin duda Alemania (y difícilmente podría ser de otra manera dado su peso específico dentro de la Unión), el país comunitario con mayores intereses (de seguridad y económicos) en el área de la antigua URSS, Asia Central incluida. España puede tener la tentación de creer que toda esa zona le es muy lejana. Ciertamente, no figura habitualmente en las declaraciones oficiales de prioridades de nuestra política exterior, excepción hecha de Rusia. El resto de la región, por ejemplo, no fue mencionado expresamente por el ministro de Asuntos Exteriores, Abel Matutes (1996, 1999), cuando se refirió a los objetivos de la política exterior española al poco del inicio de la gestión del actual Gobierno, ni lo ha sido más recientemente.

¿Se han acabado las guerras en la antigua URSS?

Ello no significa en modo alguno que el Gobierno español y su Ministerio de Asuntos Exteriores (MAE) no sean conscientes de la creciente importancia para España de la estabilidad en la ex URSS, de su inserción plena en la órbita de las democracias y economías de mercado abiertas, así como del potencial económico nada desdeñable que representa. Así, el 27 de noviembre de 1998 el Consejo de Ministros decidió la apertura de una embajada en Kazajstán. Probablemente, los recursos energéticos del Caspio y de Asia Central deban reforzar nuestro interés, antes de que seamos los últimos o lleguemos tarde a las partes más lejanas de la CEI. Además España, al igual que el resto de la UE, debe perseverar en sus esfuerzos por hacer de la CEI un área estable libre de conflictos, donde el respeto a los Derechos Humanos, incluidos los de las personas pertenecientes a minorías nacionales, se imponga sobre los independentismos basados en un nacionalismo exacerbado y agresivo. Nos interesa que también en ese lugar se respete el “Decálogo de Helsinki”, con sus principios de respeto a la integridad territorial de los estados y de no modificación de las fronteras por métodos no pacíficos.

RUSIA Y EL “EXTRANJERO PRÓXIMO”:

¿UN NUEVO YALTA?

Indudablemente, si alguien tiene intereses vitales en la zona objeto de este análisis es Rusia. Para el actual ministro de Asuntos Exteriores ruso, Ígor Ivanov (1998), la Comunidad de Estados Independientes es la máxima prioridad seguida, por este orden, de Europa y EEUU, así como de China y Japón. No sin ciertas connotaciones geopolíticas, este espacio ha recibido en Rusia el nombre de “extranjero próximo”.

Esta declaración de Ivanov supone la confirmación de un giro en la política exterior rusa con respecto a la etapa del anterior MAE ruso Andrei Kozyrev, cuya prioridad era Occidente, y EEUU muy particularmente. Kozyrev fue acusado, en su propio país, de “entreguista” a Occidente y de carecer de una definición y defensa de los intereses nacionales rusos. A partir de 1994, y especialmente tras el nombramiento de Evgueni Primakov como jefe de la diplomacia, ésta se ha centrado con mayor energía en la defensa de sus intereses nacionales, y en la consideración de la periferia como la principal amenaza de seguridad. El corolario es la consiguiente necesidad de estrechar las relaciones con el resto de la CEI. Esta tendencia venía ya recogida en el informe presentado el 22 de septiembre de 1994 por el entonces director del Servicio de Inteligencia de la Federación Rusa, casualmente el mismísimo Primakov (1994/1995). De momento, no es previsible un regreso a la política “a la Kozyrev”, y ojalá no regresen escenarios menos favorables a Occidente

como el triunfo de las fuerzas nacionalistas o neocomunistas. Los intereses rusos en su “extranjero próximo” son de índole política, económica y de seguridad. En primer lugar, derivan de la concienciación, creciente si cabe, de la necesidad de proteger a los 25 millones de rusos residentes en países colindantes. Se trata de un deber y un interés realista en conservar en buen estado de salud a tan poderoso caballo de Troya, con el potencial de proyectar el poderío de Moscú en prácticamente la totalidad de los países vecinos.

Por razones de seguridad, Moscú debe prestar atención especial no solamente a los países que le separan de la OTAN (Ucrania, Bielarús y los países bálticos), sino también a la amenaza de extensión del fundamentalismo islámico y a los movimientos separatistas dentro de la propia Federación, como sucede en el Cáucaso Norte (Chechenia y Daguestán principalmente), en Tatarstán o en Bashkortastán. Existe además un serio riesgo de contagio de los conflictos periféricos. Éstos, a cambio, conceden a Moscú una última palabra que, por ejemplo, ha sido decisiva para mantener a Georgia y a Azerbayán en el redil de la CEI. Pero si antes primaban en Rusia quienes pretendían contener el separatismo y el integrismo musulmán apoyando a osetios y abjasios, o echando gasolina al fuego de Nagorno-Karabaj, hoy van ganado los que apuestan por la integridad de Georgia o por el alto el fuego en Nagorno-Karabaj.

Importantes lazos económicos siguen uniendo a Rusia con las antiguas Repúblicas Soviéticas, fundamentalmente con Ucrania y Bielarús. La proximidad y la continuidad territorial juegan a favor de esa conexión, a pesar de que la disolución de la URSS ha supuesto una drástica reducción de los flujos comerciales. Según el *Economist Intelligence Unit* (1998 a y b), si en 1990 las exportaciones rusas a otras Repúblicas soviéticas constituían el 70% del total y las importaciones procedentes de las mismas el 47%, en 1997 los países de la CEI han sido destinatarios del 19% de los intercambios y el origen del 35% de las importaciones. Así y todo, el mercado de la CEI sigue siendo importante, sobre todo en productos industriales. En 1997 los principales países destinatarios de exportaciones rusas han sido Ucrania (9,3%), Alemania (8,3%), Bielarús (5,2%) y Holanda (5,1%). Los principales países de origen de importaciones han sido, en ese mismo año, Alemania (11,5%), Ucrania (9,2%), Bielarús (8,1%) y Estados Unidos (7,1%).

Dentro del área de la CEI, las repúblicas eslavas de Ucrania y Bielarús seguirán siendo prioritarias. Las repúblicas caucásicas son también de vital importancia por razones de seguridad, entre otras. Asia Central es quizá menos relevante, pero no tanto como quienes han asegurado, como Arbatov (1993), que, a excepción de Kazajstán, las repúblicas de esta región se acabarán apartando e integrando en la economía y la política de Asia del Sur.

A pesar de lo que puedan pensar las corrientes más reaccionarias de la Federación, no parece que a ésta le beneficie la conflictividad en su periferia. Con fuerza creciente se alzan quienes persiguen estabilizar la CEI por la vía de la integración. El núcleo

¿Se han acabado las guerras en la antigua URSS?

de este movimiento centrípeto estaría en Rusia y Bielarus. Del Tratado sobre la Unión entre ambas Repúblicas de abril de 1997 se llegó, el 25 de diciembre de 1998, a la firma por parte de los presidentes Yeltsin y Lukashenko de la Declaración sobre la consiguiente unificación de Rusia y Bielarus, así como de otros documentos, con la vista puesta en la construcción de un Estado Federal. Este paso se añade a la unión aduanera entre Rusia, Bielarus, Kazajstán, Uzbekistán y Kirguizistán, y a la cooperación militar iniciada en el marco de la CEI. Sin duda, el anuncio de ampliación de la OTAN hacia el Este de Europa ha dado un impulso al incierto proceso de unificación emprendido por Moscú y Minsk. El siguiente anillo integrador se ampliaría a los otros miembros de la unión aduanera, Kazajstán y Kirguizistán. Es significativo que un artículo del embajador de Bielarus en Washington, Valery Tsepalo (1998), abogue por el apoyo occidental a la integración del espacio formado por las antiguas Repúblicas Soviéticas, sin dejar de lado ni siquiera a los países bálticos. De todas maneras, frente a la integración basada en los intereses comunes y en la libre voluntad de las Repúblicas y otros territorios, queda siempre el riesgo, con el que algunos juegan, de la integración por las armas en un marco distinto del reformismo democrático y económico.

TURQUÍA, CHINA Y OTRAS POTENCIAS REGIONALES INTERESADAS

Conviene tener presente que, además de Occidente y por supuesto Rusia, hay otras potencias regionales con intereses en lo que sucede en el Cáucaso, Asia Central e incluso en la misma Federación. Se trata de Turquía, China, Irán, Afganistán (léase los talibán), Pakistán e incluso Arabia Saudí o Japón. Turquía lleva años tratando de recuperar o ampliar su influencia en Asia Central, en el Cáucaso y en la región del Volga, sobre todo en las zonas pobladas por etnias túrquicas: Azerbayán, Kazajstán, Uzbekistán, Kirguizistán y, dentro de Rusia (eso sí, con mucha mayor cautela), Tatarstán y Bashkortostán. Irán intenta hacer lo propio, con muchas menos posibilidades de éxito por ahora, en particular en Tayikistán o Azerbayán. China, por su parte, se siente llamada a un papel activo coherente con su creciente poder en Eurasia, con la presencia (y lo que de “palanca” tiene) de chinos en zonas fronterizas de Asia Central y Rusia, así como con su sed de recursos energéticos en pleno apogeo de su modernización industrial. Por su proximidad, Kazajstán y Kirguizistán son los primeros candidatos a recibir la visita de la influencia de Pekín.

LAS LUCES

Desde la desintegración de la URSS, a finales de 1991, son numerosas las tensiones que han aflorado a lo largo y ancho de la antigua Unión Soviética, ocasionalmente en forma sangrienta. En estos momentos, lo que se ve ya no son llamaradas, sino rescoldos o, todo lo más, pequeños fuegos. Así, los problemas de las minorías rusófonas en Letonia y Estonia están a punto de ser resueltos, gracias entre otras cosas al papel desempeñado por la UE y por la Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa (OSCE). Prácticamente solucionado lo relativo a los pensionistas militares rusos, que han permanecido en estas dos repúblicas tras la retirada de las tropas rusas en 1994, sendas reformas en la legislación en materia de nacionalidad han eliminado el escollo legal remanente para acabar con la condición de apátridas de los menores nacidos después de 1991. No obstante, queda todavía un 28% de la población en Letonia como “no ciudadanos”, porcentaje que baja al 14% en el caso de Estonia.

También han avanzado considerablemente las relaciones entre Rusia y Ucrania, al haberse resuelto, aunque queden pendientes algunos “fleclos” de entidad, los problemas del reparto de la flota del Mar Negro (con el acuerdo de 1997, que únicamente aplaza la cuestión del estatuto de la base naval de Sebastopol, por 25 años) y de Crimea (con la reciente adopción de una Constitución para esta República Autónoma por el Parlamento de Ucrania, pero bajo la soberanía de este país). Huntington dirá que el carácter eslavo-ortodoxo de gran parte de los ucranios, occidental de los bálticos hacía previsible estos desenlaces.

El problema de la República separatista de Transdniestr, que apoyada por Rusia se enfrentó con las armas a Moldova poco después de la desintegración de la URSS, está bien encauzado. En julio de 1992 Yeltsin y su homólogo moldavo acordaron el fin de las hostilidades. Desde 1994, el proceso negociador no ha hecho sino avanzar, aunque diste bastante de estar concluido.

El conflicto de Nagorno-Karabaj, el enclave armenio en Azerbayán que enfrenta bélicamente a Bakú y Ereván, no pasa por malos momentos. La última propuesta de paz presentada por el Grupo de Minsk, que al amparo de la OSCE busca una solución negociada al conflicto, no ha sido plenamente aceptada por las partes, que sin embargo dan muestras de realismo y de voluntad negociadora.

En otros lugares del Cáucaso, la situación es menos esperanzadora. Los dos conflictos internos que desestabilizan a Georgia, el de Abjasia y el de Osetia del Sur, no conocen ya el derramamiento de sangre del pasado reciente, pero una serie de intereses creados trabaja por su persistencia, aunque sea en estado latente. Sin contar con la fuente de tensiones que representan los ajarios y las minorías armenia y azerí.

LAS SOMBRAS

En el Cáucaso Norte, dentro ya de la Federación Rusa, la guerra entre Chechenia y Moscú ha regresado con el último verano. La pólvora prendió primero en Daguestán, y amenaza con mermar seriamente la estabilidad de toda la región. Esta explosión no ha constituido sorpresa alguna. Rusia en ningún momento ha aceptado reconocer la independencia de facto de Chechenia, territorio en el que se prevía ya la amenaza de una guerra civil y que puede expandir sus tensiones por la zona.

El resto de Rusia no es inmune a la conflictividad. Otras repúblicas con buena parte de su población islámica poseen igualmente veleidades separatistas. Es el caso de Tatarstán y de Bashkortastán. Un riesgo secesionista que se extiende a otros lugares de la Federación y que puede agudizar el colapso económico y el de un Ejército crecientemente desmoralizado, indisciplinado y con tendencia a la fragmentación para asegurar su supervivencia. Las consecuencias de una ruptura interna de Rusia podrían ser fatales: descontrol de un imponente arsenal nuclear, catástrofe económica y humanitaria, inestabilidad, etc.

En Asia Central, el conflicto de Tayikistán sigue encasquillado, a pesar del acuerdo firmado en 1997 por el presidente Rajmonov y el líder de la oposición Nuri para poner fin a la guerra civil. A pesar de la relativa calma actual, diversos intereses (incluido el narcotráfico) favorecen su prolongación. Lo peor, por ahora, es que la paz en proyecto no satisface las aspiraciones y el peso específico de todos los clanes enfrentados. Además, subsisten tanto la posibilidad de escisión de la parte de Kazajastán poblada mayoritariamente por rusos, como las tensiones étnicas y entre clanes en Kirguizistán, Uzbekistán y Turkmenistán.

Si los retos no militares se han convertido en la principal amenaza a la seguridad en la posguerra fría, el espacio de la antigua URSS podría muy bien transformarse, si no lo ha hecho ya, en su escenario paradigmático. Las antiguas repúblicas de la Unión Soviética rebosan de nacionalismos exacerbados y minorías étnicas, sus procesos democratizadores y de implantación de Estados de Derecho son muy frágiles, el caos económico se ha apoderado de Rusia y amenaza a todo su entorno. Recursos como el agua o el petróleo, así como el gas, pueden convertirse en motivo de disputa. Su medio ambiente está en peligro. El crimen organizado y el narcotráfico campan a sus anchas. Un panorama, en fin, como para seguir sin echar las campanas al vuelo.

UNA ARQUITECTURA DE PAZ

¿De qué manera se puede acabar con o mitigar la conflictividad en la ex URSS?
¿Qué podemos hacer para estabilizar esta región?

En primer lugar, habría que esforzarse por encontrar fórmulas de organización político-territorial que permitan la convivencia plurinacional dentro de cada entidad estatal. La composición multiétnica de los estados y otras unidades político-administrativas es lo que no se puede, ni siquiera se debe, intentar cambiar. Nuestra actuación, y sobre todo la de los afectados más directamente, debería concentrarse prioritariamente en una adecuada articulación político-institucional. Nada que a los españoles resulte extraño.

En muchos de los conflictos de la antigua Unión Soviética chocan los principios de integridad territorial y de autodeterminación. La aplicación de este último a raíz de la Primera Guerra Mundial no ha sido satisfactoria en muchas ocasiones, ni siquiera a los ojos de su adalid teórico, el presidente norteamericano Wilson. Ya su Secretario de Estado Lansing lo veía “cargado de dinamita” y se temía que pasara una elevada factura en vidas humanas. Así pues, una de las grandes lecciones de la Historia de este siglo nos lleva a una aplicación limitada de la autodeterminación, con hincapié en la dimensión de autogobierno, cuyo ejercicio libre y pacífico legítimamente pertenece a todos los pueblos, lo que no implica necesariamente la independencia política. El Acta Final de Helsinki se encargó ya en 1975 de demostrar la trascendencia del respeto del principio de integridad territorial de los estados y de la inviolabilidad de las fronteras estatales, que sólo pueden ser modificadas de modo pacífico. En el mundo actual es vital la defensa de estos postulados. A rusos, a letones, a *transdniestr*s y a tayicos. A norteamericanos y a europeos, españoles incluidos. Y nos interesa cuidarlos no únicamente en nuestros propios países. También “allí”. Se explica así, entre otras razones, el nulo reconocimiento que la comunidad internacional ha prestado a la independencia de facto de Chechenia, por lo devastador de su eventual “efecto dominó”.

La moneda corriente de las disputas fronterizas heredadas de la Historia merecería un tratamiento con una visión más amplia. En la mayoría de los casos, convendría hacer irrelevante la frontera, de modo que la querrela en sí acabaría perdiendo su sentido. Se trataría de proyectar el ejemplo de la Unión Europea, e incluso de fórmulas como las que se están empleando para poner fin al derramamiento de sangre en Irlanda del Norte, o las sugeridas por España para resolver el contencioso de Gibraltar con el Reino Unido. Una mayor cooperación e integración transfronteriza y entre los estados afectados, en todos los órdenes (económico, político, cultural, humano, militar, etc.) parece una receta óptima.

Al mismo tiempo, interesa y es legítimo dar cauce a las expresiones y deseos de autogobierno. Las fórmulas federativas e incluso confederativas podrían aportar una solución en el espacio ex soviético, y por consiguiente son dignas de consideración. Crimea, cuya Constitución ha sido aprobada recientemente por el Parlamento ucraniano, representa un paradigma de la vía correcta. Marcos de tipo federal imponen límites racionales a un irredentismo de consecuencias amenazadoras.

Otro elemento esencial en la configuración de la paz debe ser el pleno respeto a los derechos de los individuos pertenecientes a las minorías nacionales. No hay duda que de políticas como la llevada a cabo por el primer presidente de Georgia tras su inde-

pendencia en 1991, Zviad Gamsajurdia, bajo el lema de “Georgia para los georgianos”, y que deterioraron sobremanera la situación en Abjasia y en Osetia del Sur, son un claro exponente a desterrar. Aquí habría que incluir en particular la debida protección de las minorías rusas fuera de la Federación. En esta dirección actúa la política de la Unión Europea, al favorecer la integración de la población rusófona en Estonia y Letonia. La OSCE (y su Alto Comisionado para las Minorías Nacionales), junto con el Consejo de Europa, seguirán llamados a continuar desempeñando un papel decisivo.

En realidad, esta exigencia se encuadra dentro de otra más amplia: el respeto a los Derechos Humanos y el fortalecimiento del Estado de Derecho. Paz y Derechos Humanos constituyen un binomio indisolublemente unido. Bajo el enfoque interesado de la *Realpolitik* se debe igualmente reservar un hueco a los Derechos Humanos. Aquí sigue siendo crucial la colaboración de la UE (a través del juego de la “cláusula democrática” en sus Acuerdos de Amistad y Cooperación con las antiguas repúblicas soviéticas o, en el caso de candidatos a la adhesión como los Bálticos, del cumplimiento de una serie de requisitos “democráticos” para su entrada en la UE), de la OSCE (y de su Oficina para las Instituciones Democráticas y los Derechos Humanos) y del Consejo de Europa. Se trata no tanto de construir una democracia formal meramente sustentada en elecciones libres, como ha sucedido hasta ahora en Rusia, sino primordialmente de levantar un Estado de Derecho, que supone igualmente derechos y libertades. Como decía Jean Monnet, “nada es posible sin los hombres, pero nada es duradero sin las instituciones”. Resulta obvio que por su trascendencia para la estabilidad de toda la región nos interesa principalmente el proceso democratizador ruso.

En el plano internacional, se debe procurar el acercamiento de toda la zona ex soviética a las estructuras políticas, económicas y militares occidentales. Es decir, su integración en el mundo libre, desarrollado y pacífico. La Unión Europea es consciente de la necesidad de apuntalar los procesos de reforma política y económica en la región. La OTAN, primero a través del Consejo de Cooperación del Atlántico Norte (luego Consejo del Partenariado Euroatlántico) y después con el Partenariado por la Paz, intenta proyectar estabilidad y seguridad sobre este espacio. La OSCE puede jugar un papel reforzado, toda vez que es la única organización que incluye a todos los países de Vancouver a Vladivostok. El Consejo de Europa posee también un considerable potencial de proyección de la democracia y el respeto a los Derechos Humanos.

De especial valor pueden resultar también los esquemas de cooperación regional y subregional dirigidos a promover las relaciones de buena vecindad y la estabilidad política, social, económica y democrática. Contribuirán a la disipación de tensiones y conflictos entre estados o regiones pertenecientes a distintos estados. Un buen modelo podría ser el Pacto de Estabilidad. Otro, el Consejo de los Estados del Mar Báltico, en cuyo marco se desarrollan proyectos de cooperación económica, en infraestructuras, en medio ambiente, en cuestiones jurídicas, etc., con la participación financiera de la Comisión Europea.

Esta podría ser una arquitectura apta para la desactivación de conflictos en el espacio de la antigua URSS. Para hacerla posible, es precisa una mayor presencia y un mayor compromiso de Occidente, sobre todo de la Unión Europea, incluida España. Son muchos los intereses en juego y de suficiente calado como para desentenderse y no participar activamente en la edificación de esa arquitectura. Requiere por su parte una adecuada estrategia que combine en su debida proporción estímulos y presiones. Implica igualmente actuar con tacto y sin ánimo de dar lecciones.

¿QUÉ PODEMOS HACER CON EL “EXTRANJERO PRÓXIMO”?

Se escuchan voces en Moscú, en Minsk y en otros lugares del área, que pretenden construir un “mini-Yalta”, que aspiran a dejar al “extranjero próximo” como zona de influencia exclusiva de Rusia. Una especie de doctrina Monroe –¿doctrina Yeltsin?– aplicada a otro “patio trasero”. Temen esas voces la renovada influencia de Estados Unidos en la región, simultánea al repliegue ruso. El embajador de Bielarrús en Washington, Tsepkaló (1998), en un artículo en *Foreign Affairs*, propone una “integración blanda” de las antiguas repúblicas soviéticas, al estilo de la edificación europea, a partir del modelo del Tratado de la Unión firmado entre Minsk y Moscú.

Tal vez este tipo de integración no debiera asustarnos excesivamente, siempre y cuando excluya de pleno el uso de la fuerza o de coacciones inaceptables. En Estados Unidos y en Europa se recela de la recuperación del “oso ruso”. Sin ir más lejos, Henry Kissinger ha asegurado que no pasará mucho tiempo sin que Rusia vuelva a mostrar sus tendencias imperiales. Pero quizá, si asumimos que su revitalización será inevitable antes o después, lo que haya que evitar es que “el oso” vuelva a las andadas. Lo que habría que impedir no es tanto su hegemonía en Eurasia como que ésta sea hostil a Occidente. Para ello es necesario estrechar al máximo la cooperación con Moscú, no marginarlo. Esta colaboración convendría extenderla al campo de la solución pacífica de conflictos, incluidos los que se desarrollan en el “extranjero próximo”. A juzgar por las declaraciones del ministro de Asuntos Exteriores ruso Igor Ivanov (1998) durante su última visita a Madrid, la actual dirección de la política exterior rusa parece receptiva a este enfoque. Tal aproximación a Rusia, que no carece de defensores, puede hacer que le resulte más digerible la ampliación de la OTAN, y a esta organización más comprensibles ciertas preocupaciones rusas relacionadas con el Tratado FACE (Fuerzas

Armadas Convencionales en Europa) y su famoso problema de los flancos. La actitud cooperativa puede contribuir a inclinar la balanza del poder en Rusia del lado de los moderados (léase, los no extremistas), y favorecer la desactivación de los conflictos en la ex URSS y hasta la solución de otras crisis internacionales. No ha sido infrecuente que los países afectados por conflictos en el Cáucaso o en Asia Central hayan intentado jugar la “carta americana” y explotar la rivalidad entre Washington y Moscú, y no siempre en beneficio de la paz.

Un planteamiento diferente es el preconizado por Zbigniew Brzezinski (1997b). El antiguo asesor de Carter es partidario de evitar a toda costa el fortalecimiento de Rusia, y se declara a favor de reforzar la independencia de su periferia. Considera necesario el apoyo político y económico a los nuevos estados independientes, a Ucrania en particular, pero también a Azerbayán o a Uzbekistán. No satisfecho con esto, Brzezinski propone dividir Rusia en tres pedazos: Rusia propiamente dicha, Siberia y el Extremo Oriente. Se pretende seguir la máxima *divide et impera*.

De todas maneras, el fomento de la cooperación entre Occidente y Rusia, bien entendido, no excluye la firmeza en la defensa de los intereses occidentales. No es sinónimo, todo lo contrario, de alejamiento del “extranjero próximo”. La presencia militar rusa en los países de su entorno, que introduce un factor coactivo a lo que de otro modo sería inobjetable, ofrece una primera oportunidad a la firmeza de Occidente. De acuerdo con Henry Kissinger (1994), si bien es forzoso reconocer el interés de seguridad ruso ahí, no es menos cierto que la paz en el mundo exige que ese interés sea satisfecho sin presión militar ni intervención militar unilateral.

UN CUENTO RUSO

Érase una vez un cuento ruso. El *zarevitz* Iván conoció a la reina María. Se enamoraron y se casaron. Eran tiempos de guerra y la esposa tuvo que partir al frente de sus mesnadas. Confió el reino al *zarevitz*, pero le advirtió de que por nada en el mundo entrara en el desván de su palacio. La curiosidad pudo con el amado. En el desván yacía encadenado Koschéi “el Inmortal”, quién se escapó, buscó, halló y raptó a la reina María. Cuando el *zarevitz* Iván intentó recuperar a su señora, acabó siendo descuartizado por Koschéi. Sin embargo, los familiares de Iván unieron sus pedazos y los rociaron con agua de vida. Con muchos trabajos y la ayuda de encantamientos, el renacido *zarevitz* consiguió recobrar a su esposa y, en cruento combate, dar muerte a su enemigo, cuyas cenizas esparció el viento. Y Rusia, quién es, ¿el *zarevitz* Iván o Koschéi “el Inmortal”?

Referencias bibliográficas

- Arbatov, Alexei G. (1993) "Russia's Foreign Policy Alternatives", *International Security*, 18(2), p. 35.
- Brzezinski, Z. (1997a) *The Grand Chessboard: American Primacy and Its Geostrategic Imperatives*, Nueva York: Basic Books.
- Brzezinski, Z. (1997b) "Una estrategia para Eurasia", *Política Exterior*, 60, p. 165.
- Holbrooke, R. (1994) "America, a European power", *Foreign Affairs* marzo-abri.
- Ivanov, I. (1998) entrevista, *El País*, 15 de diciembre.
- Kissinger, H. (1994) *Diplomacy*, Nueva York: Touchstone, p. 816.
- Matutes, A. (1996) "Objetivos de la política exterior española", *Revista CIDOB d'Afers Internacionals*, 34-35: 191-196.
- Matutes, A. (1999) "1998: un buen año para la política exterior española", *El Mundo*, 7 de enero.
- Primakov, E. (1994/1995) "Rusia-CEI: ¿debe cambiar la postura occidental?", *Política Exterior*, 42-VIII, pp. 189-198.
- The Economist Intelligence Unit (1998a) *EIU Country Profile 1998-1999*: 35.
- The Economist Intelligence Unit (1998b) *EIU Country Report 4th quarter 1998*: 5.
- Tsepkalo, V. (1998) "The Remaking of Eurasia", *Foreign Affairs* 77(2), pp. 107-127.